

Melissa Müller

ANA FRANK

La biografía



Edición
ampliada
con material
inédito

ÍNDICE

Portada

Dedicatoria

Prólogo a la nueva edición

1. La detención

2. Ana en Fráncfort

3. Éxodo

4. Nueva patria

5. En la antesala de los asesinos

6. En la trampa

7. En el escondite

8. La casa de atrás

9. Indefensos

10. El último tren a Auschwitz

11. Deseo

Epílogo biográfico

Epílogo de Miep Gies

Agradecimientos

Anexos

 Árbol genealógico de las familias Frank y Holländer

 Fuentes

 Citas del diario de Ana Frank

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Este libro pertenece a los supervivientes.

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Su diario —escrito entre 1942 y 1944 en el escondite de Ámsterdam— es el documento literario más leído sobre los crímenes de los nacionalsocialistas y ha convertido a su autora en una de las figuras más famosas del siglo XX: Ana Frank tenía cuatro años cuando tuvo que abandonar Alemania, su patria, trece cuando se vio obligada a ocultarse de los nazis, y aún no había cumplido los dieciséis cuando pereció en el campo de concentración —una víctima más entre los seis millones de inocentes asesinados por el absurdo delirio racista de Hitler.

En el más de medio siglo transcurrido desde su muerte, Ana Frank se ha convertido en embajadora de los discriminados de un mundo violento y falto de libertad, en un símbolo de humanidad, de tolerancia, de los derechos humanos y de la democracia, en la quintaesencia del optimismo y de la voluntad de vivir. Ha devenido en figura de referencia, incluso en heroína, para millones de jóvenes en busca de su identidad. Se la considera la «víctima más conocida de Hitler», y su diario ha sido como un mensaje universal de valentía y de esperanza y muchas veces, incluso, un documento del Holocausto. Sus pensamientos, como suele suceder con los que se citan reiteradamente, han llegado a convertirse en frases hechas, a menudo sacadas de contexto y estereotipadas. Si el judaísmo lo permitiera, posible-

mente hace mucho que se habría abogado por su beatificación.

Leí por primera vez el diario de Ana Frank a los trece años y me identifiqué en el acto con su certera lucha de adolescente por conformar su personalidad. Muchas de las cosas que describía respondían punto por punto a mis propios pensamientos. Los resentimientos que albergaba contra su madre no me eran ajenos. Otro de los aspectos que me impresionaron y me sobrecogieron profundamente fue que hubiera escrito su diario mientras era perseguida por un régimen de terror y que perdiera la vida unos ocho meses después de su última anotación. Mis preguntas por el «porqué» seguramente planteadas entonces con gran ingenuidad se toparon con pretextos banalizadores o, más frecuentemente aún, con el silencio.

A mediados de los veinte años retomé el diario y en esta ocasión leí la llamada edición definitiva, ampliada con respecto a la versión original de Otto Frank con numerosas anotaciones, en parte muy personales. Esta vez sí que me asaltaron numerosas preguntas: ¿cómo vivió la familia de Ana, tanto por parte paterna como materna, esa época en la que se resquebrajó el entramado moral de millones de personas y el respeto se convirtió en una palabra desconocida? ¿En qué entorno familiar, entre qué amigos empezó a crecer Ana? ¿Qué vivencias la marcaron? Al fin y al cabo, su diario sólo abarca la séptima parte de su vida.

Una vez más me topé con respuestas insatisfactorias.

Así empezó —por primera vez en la década de 1990— mi búsqueda de la persona que estaba detrás del mito, de las historias y los acontecimientos vitales que influyeron en la personalidad de la niña judeoalemana llamada Annelies Marie Frank. Una personalidad sin duda fuerte, pero en proceso de formación. Por eso, en lugar de abordar su biografía igual que la de una persona hecha y derecha, más

bien debía acompañar a Ana en su evolución, tan abruptamente interrumpida, y volver a situarla en el mundo.

¿Qué es una biografía? Mi objetivo era reunir la mayor cantidad posible de las teselas de un mosaico y componer una imagen lo más auténtica posible de la corta vida de Ana, investigar sus raíces familiares y su medio social, esclarecer ese entramado de personas y de relaciones sobre el que se basaba, que influía en su vida.

El diario de Ana es insustituible por su sinceridad y claridad. Yo quise ampliar con una visión de conjunto desde fuera la mirada de Ana sobre su entorno y sobre su mundo exterior, lógicamente fragmentaria y —según muestra la comparación con la edición crítica de los textos de sus diarios— más limitada aún por el trabajo de edición de su padre, intenté contestar preguntas que surgían al leer el diario, y, en lugar de darme por satisfecha con aproximaciones, con la glorificación, sacar a la luz las causas. Esta visión de conjunto documentará tanto su vida y su calvario como los de sus parientes más próximos, amigos íntimos y algunos conocidos a los que Ana se refirió, dibujando así el calvario de los judíos durante el régimen nazi: desde la propaganda de odio, pasando por la exclusión, la humillación y la privación de derechos, hasta la deportación y el Holocausto organizado.

Sin los valiosos encuentros con la última generación de testigos de la época, sin la confianza —ganada poco a poco— de las personas que conocieron personalmente a Ana Frank y que hoy viven dispersas por todo el mundo, en Israel, en Estados Unidos, en Argentina, en Holanda, en Francia, en Suiza o en Alemania, este proyecto jamás habría podido realizarse. Sin su disposición a enfrentarse a recuerdos dolorosos, a abrirse ante mí revelando detalles de su vida so-

bre los que habían guardado silencio durante más de cincuenta años —en parte porque nadie les había preguntado, en parte porque antes no estaban dispuestos a hablar del asunto—, muchos de los detalles de este libro habrían permanecido ocultos, acaso para siempre. Durante mis investigaciones localicé y conocí a más de veinte testigos de la época, parientes o amigos de Ana, y muchos más que conocieron a fondo a Otto, su padre, después de la guerra. En el curso de las numerosas e intensivas conversaciones, algunos de ellos se convirtieron en amigos íntimos de los que ya no sería capaz de prescindir. El hecho de que, tras meses de cauteloso acercamiento, lograra conquistar, asimismo, la confianza de Miep Gies amplió sobremanera mi perspectiva y enriqueció este libro con numerosos e importantes datos. Es una gran alegría que al final ella aceptara escribir el epílogo a esta obra.

Mis interlocutores me confiaron sus historias y me hablaron de aquellos pasajes de su vida vinculados a Ana Frank y a su familia, me enseñaron sus recuerdos de los Frank, fotografías, cartas, anotaciones manuscritas, documentos interesantes —muchos de ellos inéditos hasta ahora—, y de esa manera me ayudaron a dibujar un cuadro muy polifacético de Ana y de su vida, una vida corta en una época atormentada, violenta, una vida en la que la ilegalidad se había convertido en algo cotidiano, una vida sin posibilidad de supervivencia. Ellos me ayudaron a acercarme a las respuestas a preguntas claves que no sólo me preocupan a mí, sino también a los millones de lectores del diario: ¿Quién denunció a la familia Frank? ¿Qué se proponía Ana con su diario? ¿Qué personalidad se ocultaba realmente detrás de su madre, a la que reflejó con tanta dureza y severidad y que, sin embargo, tanto la marcó? Y ¿qué pensaba Ana de la relación de sus padres?

El padre de Ana, Otto Frank, fue el único de la familia que, tras la guerra, pudo pronunciarse con respecto al diario de su hija; él, siempre reservado en público, lo hizo con la mera selección de los textos del diario, cuya publicación autorizó, y con sus declaraciones a la opinión pública. Pero de la madre de Ana no sabíamos casi nada en la década de 1990, ni siquiera qué estudios había cursado. Durante más de cincuenta años, su figura —al igual que la de toda su familia, los Holländer— ha sido vaga. Atribuir por fin a la madre y a sus raíces la importancia que, sin duda, tuvo para Ana y su evolución era, por ello, un objetivo más. Sin la ayuda de los descendientes de la familia Holländer que viven dispersos por el mundo y sin la apertura de departamentos alemanes cuyos archivos —pese a toda la burocracia— fui la primera autora en conocer, jamás habría alcanzado ese objetivo. El mismo agradecimiento debo tributar a Cor Suijk. Persona de íntima confianza de Otto Frank durante muchos años, puso a mi disposición dos anotaciones del diario de Ana que se habían mantenido en secreto hasta entonces —una, del 8 de febrero de 1944, la otra, la última «introducción» que Ana escribió para su diario. De su autenticidad no cabe la menor duda.

Con motivo de la publicación de este libro a finales de verano de 1998, la noticia de la aparición de esas páginas desconocidas hasta entonces ocupó durante semanas toda la prensa internacional y mereció, incluso, un titular de portada en el *New York Times*. Mientras que a la opinión pública —al igual que a mí— le interesaba sobre todo el contenido de esas páginas, entre bambalinas se dirimía la propiedad de los originales de Ana. Esto es historia (y puede leerse en el epílogo de esta edición).

Desde entonces no he cesado de investigar a Ana Frank y su entorno, siguiendo nuevas pistas, cuestionando prejuicios conscientes o inconscientes, que, en parte, se repitieron

ron durante décadas, recapacitando también sobre algunas de mis conclusiones y subsanando errores. En la primera edición de esta biografía planteé quién podría haber denunciado a la familia Frank y a sus compañeros de escondite. En dos ocasiones la policía de investigación criminal de Ámsterdam había emprendido pesquisas sin resultado alguno contra Willem Van Maaren, el principal sospechoso. Miep Gies me había asegurado en reiteradas ocasiones que ella no lo consideraba el autor de la delación. Por lo demás, ella, que tan bien sabía guardar silencio, callaba ante las preguntas relativas a la traición.

Tanto más importante me parecía entonces aventurar nuevas conjeturas y estimular con ello el debate. Esto se ha logrado.

Mi interés recayó en una limpiadora en apariencia inofensiva, cuya locuacidad espantó a los auxiliares pocas semanas antes de la detención. Cuatro años después de la publicación de mi libro las teorías en torno al nada inofensivo Tonny Ahlers causaron sensación e irritación, pero tampoco pudieron demostrarse.

Hoy sabemos que debemos considerar a Lena Hartog y Tonny Ahlers como dos de los numerosos peligros que afectaron y con el tiempo llegaron a cercar a los ocultos. Cada vez más personas miraban a la casa de atrás, extraían conclusiones, acaso las difundían y con ello —deliberadamente o no— ponían en peligro de muerte a los escondidos. He intentado investigar esta red de conocedores y posibles delatores y la describo en el capítulo 9 de este libro.

Para cualquier autor es un privilegio y un desafío poder reescribir su libro. Las exigencias que uno se hace son tan altas como las expectativas de los lectores. Por supuesto sabemos que la biografía definitiva es tan rara como una

verdad histórica. Por eso, precisamente, examinamos cada nueva tesela para verificar su contenido objetivo.

En esto el tiempo trabaja por una parte en contra nuestra y, por otra, a favor. En nuestra contra porque en los últimos años muchos de nuestros testigos de la época han fallecido —la última Miep Gies, en enero de 2010— o porque sus recuerdos se tornan cada vez más vagos. A favor nuestro, porque desde la primera edición de este libro se han abierto fuentes y posibilidades de investigación decisivas y nuevas. Los plazos de protección han expirado, y hoy podemos examinar material que en la década de 1990 todavía nos resultaba inaccesible. En internet accedemos a archivos digitalizados en todo el mundo, establecemos contactos e investigamos contextos que, sin estas redes, permanecerían ocultos para nosotros. Esto, a su vez, nos ayuda a poner en el lugar adecuado los recuerdos subjetivos de los testigos de la época y, de ese modo, aproximarnos a resolver algún que otro enigma. Sin la intensa comunicación con Gerlof Langerijs en Ámsterdam durante varios años, el libro no tendría esta densidad. Gerlof conoce al dedillo, tanto online como en persona, el Archivo municipal de Ámsterdam y muchos otros archivos holandeses, comparte mi gusto por la meticulosidad, me ha ayudado a superar alguna que otra barrera idiomática y ha localizado a numerosos descendientes de los protagonistas con cuya ayuda pudimos contestar a muchos interrogantes pendientes. Erika Prins, de la Fundación Ana Frank, leyó el manuscrito con mirada crítica y me aportó importantes sugerencias.

«Historia es la certeza que surge cuando la fragilidad del recuerdo se topa con una deficiente documentación», dice Julian Barnes describiendo la lucha diaria en la interpretación de las fuentes. Nuevas fuentes, nuevas preguntas, nuevas contradicciones y, en ocasiones, también nue-

vas respuestas. La realidad está, con frecuencia, lejos de la tradición. Esto también es aplicable a las diferentes hipótesis de traición.

Un historiador es alguien que no sólo analiza la historia, sino que también cuenta historias verdaderas, afirma el historiador Yehuda Bauer. Yo he intentado contar la historia de Ana Frank, de su familia y de su círculo de amigos de manera que me preste atención la mayor cantidad posible de personas, con la esperanza de que el mayor número posible reflexione sobre el crimen inconcebible cometido por el régimen nazi, sobre los hechos históricos y sobre las causas sociales cuyo trasfondo permitió el asesinato. Si se reconoce que el mundo no se puede retratar en blanco y negro, tampoco el mundo del nacionalsocialismo, en el que lo supuestamente bueno y lo supuestamente malo se difuminan a veces hasta confundirse —en ocasiones también en este libro—, no se puede rechazar tan fácilmente la responsabilidad. «Mientras que la humanidad entera, sin excepción, no sufra una gran metamorfosis, la guerra seguirá haciendo estragos, y todo cuanto se ha construido, cultivado y desarrollado volverá a ser cortado de raíz y aniquilado para volver a empezar a continuación», escribió Ana Frank en su diario un mes antes de cumplir quince años (3 de mayo de 1944, versión A).

La historia no se repite, pero el hombre sí. El ser humano va a la deriva hasta perder de vista sus ideales. Después —un prisionero de sus prejuicios— suele empezar de nuevo. Nosotros confiamos en la capacidad de aprendizaje del ser humano. Y por eso contamos éstas. Historias como la de Ana Frank. Historias contra el olvido.

Enero de 2013, Melissa Müller

1

La detención

¡Silencio! ¡Ni una sola palabra más en voz alta! ¿Quién está todavía en el cuarto de baño? El grifo aún sigue abierto. Ante todo, no tiréis de la cadena. Silencio, silencio. No seáis tan descuidados. Chitón. La verdad es que después de dos años ya podáis saber... Vaciad los orinales. Retirad las camas. ¡Quitaos los zapatos! Ya tocan las campanas. A las ocho y media, cuando lleguen los mozos del almacén, tiene que reinar el más completo silencio.

El ritual matinal cotidiano de la casa de atrás: a las siete menos cuarto suena el despertador en la habitación de Hermann y Auguste Van Pels. Su estridente sonsonete arranca también del sueño, un piso más abajo, a la familia Frank y a Fritz Pfeffer. Los sonidos siguientes les resultan extremadamente familiares: un golpe certero —la señora Van Pels ha apagado el despertador. Un crujido, primero vago, después cada vez más preciso —el señor Van Pels se ha levantado y desciende con cuidado por la empinada escalera de madera. Como siempre, es el primero en ir al cuarto de baño.

Ana espera en la cama hasta que vuelve a oír el crujido de la puerta del cuarto de baño. Fritz Pfeffer, su compañero de habitación, es el siguiente. Ana respira aliviada. Saborea los escasos minutos que pasa sola a primera hora de la ma-

ñana en la reducida estancia. Con los ojos cerrados escucha el trinar de los pájaros en el patio trasero y se estira en su camastro, pues francamente no se le puede llamar «cama» al estrecho sofá que ella ha alargado colocando una silla en la piecera. A Ana, sin embargo, su cubil le parece casi lujoso. Miep Gies, que abastece de alimentos a los Frank en el escondite, le ha contado que otros clandestinos duermen en cobertizos diminutos, a menudo sin ventanas, o en húmedos sótanos encima del duro suelo. Ana, disciplinada, se levanta y sube las tiras de tela destinadas a oscurecer las ventanas. La disciplina determina su existencia en el escondite. Una breve mirada al exterior. Esa mañana de viernes es bastante neblinosa. Seguro que será un cálido y maravilloso día de verano. Si alguna vez... sólo por unos instantes..., pero, paciencia, ya queda poco... el atentado a Hitler de hace unas dos semanas les ha devuelto por fin las esperanzas a todos... seguramente en otoño podrá volver al colegio... su padre y el señor Van Pels están convencidos de que en octubre todo habrá pasado... de que entonces serán libres... Y, de hecho, ese día es 4 de agosto de 1944.

Disponen de una hora y tres cuartos para prepararse para la nueva jornada. Mientras ocho personas terminan su higiene matinal, recogen la ropa de cama, apartan las camas a un lado, colocan mesa y sillas, la hora y tres cuartos se pasa volando. A las ocho y media, cuando debajo de ellos, en el almacén, empieza la actividad, de arriba no debe salir el menor ruido. Con qué facilidad podrían delatarse. Van Maaren, el encargado del almacén, es desconfiado por naturaleza.

Antes de que se sirva el desayuno, hacia las nueve, cada uno se dedica a sus ocupaciones. Lo más silenciosamente posible. Esa media hora de la mañana es muy crítica. Todos leen, estudian o cosen —y esperan—. Si alguno no tiene más remedio que levantarse, se desliza en calcetines o pan-

tufas por la habitación, sigiloso como un ladrón. Sólo está permitido hablar en susurros. Quien suelta una carcajada o un grito, producto de un dolor repentino, merece las miradas reprobadoras de los demás. Después, cuando tras los mozos del almacén llegan por fin los empleados de la oficina, y el repicar de las máquinas de escribir, el timbre del teléfono y las voces de Miep Gies, Bep Voskuil y Johannes Kleiman —todos ellos amigos y auxiliares de los escondidos— se convierten en un telón de fondo sonoro, el peligro se atenúa un poco.

Por fin llega Miep a recoger la lista de la compra. ¿De la compra? Miep tiene que coger lo que le dan, que cada día es menos. Sin embargo, ella sabe con qué ansia la esperan los habitantes de la casa de atrás. Cada mañana, Ana asedia a Miep a preguntas. Y sólo la deja regresar a la oficina tras la solemne promesa de que por la tarde mantendrán una hora de charla. Otto Frank se retira con Peter Van Pels a la diminuta habitación de éste, ubicada en el piso de arriba. Según el horario de clases hoy toca inglés, un dictado. Peter no progresa con el enrevesado idioma extranjero, así que Otto le dedica la mañana. De esa forma al menos no se le hará tan larga. Entretanto, un piso más abajo, Margot y Ana se enfrascan en sus libros. Paciencia. En los dos últimos años la inquieta Ana ha aprendido precisamente a eso, a ejercitar la paciencia.

Abajo del todo, en el almacén, el molino de especias se ha puesto en marcha. Su monótono traqueteo le resulta familiar. Willem Gerard Van Maaren ha abierto de par en par la puerta del almacén que da a Prinsengracht para dejar entrar la luz y el calor del suave verano de Ámsterdam.

Las diez y media. A los dos mozos del almacén todavía les queda mucho que hacer hasta el descanso del mediodía. De pronto en el almacén aparecen unos desconocidos, Servicio de Seguridad alemán, SD. Ninguno de los presen-